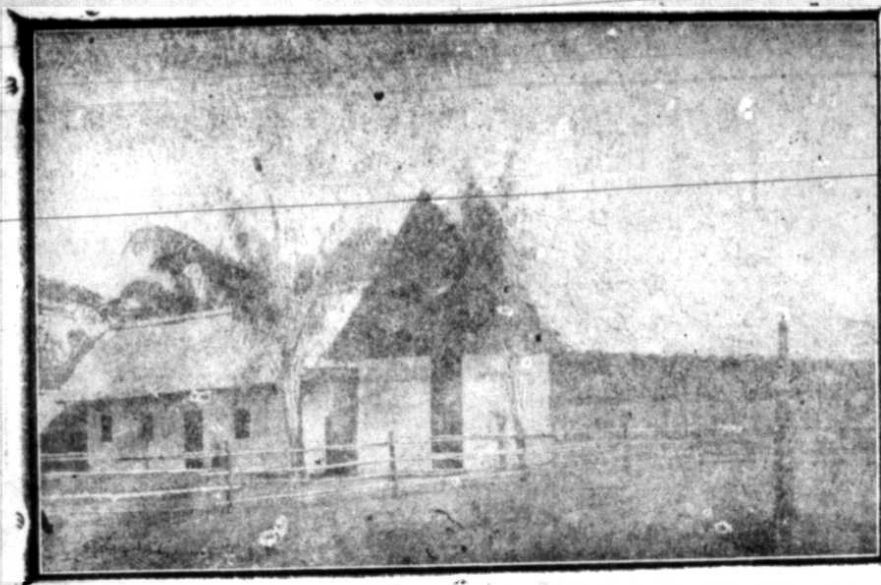




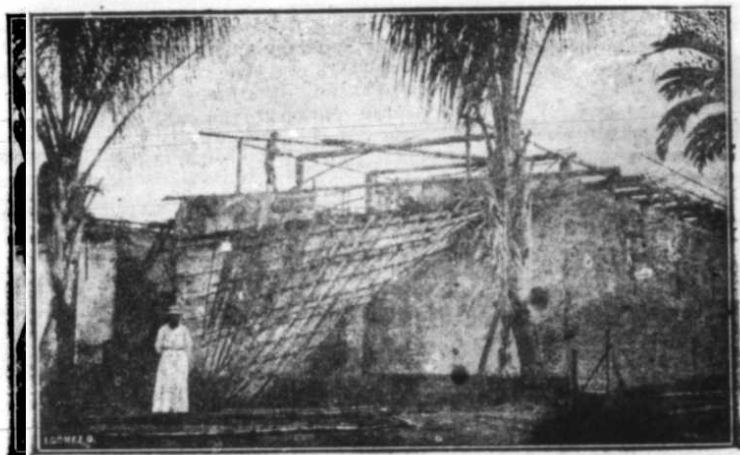
La iglesia y la casa-misión de Monfort Papuri antes de la catástrofe.—No se alcanza a ver sino la quinta parte de lo que fué presa de las llamas.—

Al fin, una niña de primera comunión, un corazón de ángel cuyo nombre es Serafina recuerda haber trasladado a otro lugar el Sagrado Copón; pero a donde fué? Tanto afán! tanto trasteo! Ella no puede conciliar sus recuerdos. Seguimos removiéndolo todo hasta que después de vivir una hora larguísima de angustiosa zozobra encontramos a nuestro buen Dios escondido en una canastica debajo de mil y un objetos.

En vista de los acontecimientos, el Divino Maestro, se lo hemos pedido, nos perdonará tanto el que nos olvidáramos de El como el que le dejáramos involuntariamente en irreverente lugar. Por otra parte, El es quien permitió cuanto sucediera, y su lámpara, la del Suntuario, fué el origen del desastre.

Vino la noche. Rendidos por los trabajos emocionantes de las últimas horas del día nos retiramos a nuestro hogar. Nuestro hogar dije y es cierto, así de pobres no nos hallábamos todavía en pura calle; la casa construida para las Reverendas Hermanas y todavía vacía nos ofreció un albergue. Ay! muy consolador en tanto infortunio.

Dios Nuestro Señor, eso sí, quedó sin nada, y para mí fué una fortuna partir con El mi aposento. En éste, cerca a mí, a mi vista, el Divino Maestro estuvo toda esa noche, primera después del desastre, oyendo por consiguiente mis filiales reconvenciones.



Aspecto de las ruinas al otro día del incendio.

Sí, con frecuencia, no pudiendo conciliar el sueño, miraba hacia el adorable Vecino y dulce Compañero y le decía en són de afectuoso reproche: ¿Qué has hecho Amo amado?—¿Qué pretendes hacer con nosotros y con esta misión?—Todo lo que haces, oh Todopoderoso! está bien hecho, convengo en ello; pero, esto por ejemplo, no me parece bien! En fin! Dios mío, Tu sabes mejor que yo lo que te conviene a Ti, a tu reino, a tus hijos, a tu misión! Fiat.

Al otro día, el espectáculo que nos llamara más la atención a todos fué la presencia del hermoso

Cristo de la capilla que como los ampos de la nieve se destacaba consolador y radiante sobre la mortaja que cubría las paredes de lo que había sido su templo. Cristo amado, de cuyos labios oíamos palabras de consuelo: no «lloréis, amigos míos, aquí estoy en medio de vosotros, por qué temer mientras no os abandoné?»

Es cierto, presente está el Divino Redentor, Dispensador de todo bien para sostén y consuelo de sus servidores. El nos ayudará a repararlo todo, a perseverar en la obra de regeneración que ya no será nuestra sino suya, sellada que fué con su sello patente y visible, al pie de su obra: LA CRUZ.

Con estos sentimientos, por ellos fortalecidos y en ellos esperanzados, procedióse a la celebración del Santo Sacrificio en la mitad de la plaza frente a las ruinas humeantes todavía, sobre el altar, en el lugar y estado en que lo dejáramos la noche anterior.

Por considerar como excusado el relato del fervor y emoción especial con que celebramos aquellas misas campales, omitiré referiros Ilmo. Sr. las súplicas que dirigimos a Jesús-Hostia por que nos restituyese cuanto antes lo perdido.